



Mi abuela

Diana Mireya Montes Muñoz*

Cuando me preguntan sobre mi comida favorita respondo sin dudar "enchiladas verdes", aunque miento un poco. En realidad, la comida de mi abuela, sin importar qué cocinara, siempre fue mi favorita. Un abundante caldo de verduras humeando sobre la cerámica y el mantel blanco, la mesa sola y ella pasándome las tortillas. Seguramente, a la mayoría nos pasa igual, el recuerdo de la comida conserva olores y sabores con un regusto maternal; mezcla de conversaciones largas, anécdotas chistosas que obligan a usar la servilleta y, a veces, confesiones tristes que sugieren tragar lentamente.

Atole de arroz y manzana cocida con canela. Tu mano en mi frente midiendo el sentido del humor y los centímetros de niñez perdidos. Luego, atendíamos a las muñecas y los nombres escapaban por el estetoscopio de plástico. Recetabas dos cucharaditas de sílabas y un arrullo cada tres horas, además de la ronda en el patio y una sesión de risa con las estatuas de marfil.

Mano en la cintura, el índice en aire y sus pasos lentos, en amparo del templo culinario: "La comida se hace para esperar el hambre y no al revés", además, "debe haber comida de sobra por si llegan visitas". La verdad, a mi abuela no le gustaban las visitas, porque, decía, "nada más vienen a ver qué tiene uno y qué no". Aun sí, picaba meticulosamente el tomatillo, o tomate verde, como le decía ella, y sazonaba con esmero la carne, mientras me dejaba mordisquear un poco el piloncillo. Yo la imitaba afuera, entre los árboles, servía comida de hojas para mis primas, les tejía cuentos y regaños.

Sopita de letras y la cuchara llena de palabras, prismas de hierro que me dejaban el paladar insípido y un espiral de oraciones indigestas. Entonces, tú llegabas dulcemente a traducir mis signos gesticulares con la semiótica del

* **Estudiante de Licenciatura en Letras
Hispánicas, Universidad Autónoma
Metropolitana, Unidad Iztapalapa.**

postre y me enseñabas con la dialéctica del quinielista. Experta en estudios de reajo, descifraste códigos completos y dictaminaste el padecimiento de las civilizaciones del silencio.

En la adolescencia sólo quería milanesas, nuggets, papas o cualquier cosa que tuviera aceite y pudiera comer rápido, me esperaba el novio, las amigas, las fiestas y el alcohol. En ocasiones, me molestó la insistencia de mi abuela: "hija, estas muy delgada", "ándale, come tantito arroz", "mira nada más, chamaca, pasas comiendo porquerías"; "vas a ver", me gritaba por la ventana, mas, antes de salir me había extendido un billete entre beso y abrazo. En la noche, regresaba en espera del regaño, pero sólo encontraba pan, leche y cine de ficheras. Nunca me dejó ver completa una película de Pedro Infante, llegaba y cambiaba el canal, "quita eso, son puras mentiras". Así nada más, soberana de las verdades a ultranza.

Juguito de naranja recién hecho. Te preocupaban mis defensas y conjurabas sortilegios en cada despedida; yo corría en la burbuja del amén sin noción de su caducidad y, en sobrados días, tu regazo restauró cada estropicio de mi ingenuidad amorosa.

En los cumpleaños, chocolate con pastel, mañanitas en la noche y bromas de los tíos; ahí andaba la abuelita iniciando a todas, desde las hijas hasta las nietas, en la partida del pastel. La felicidad de las reuniones distrae del asunto importante: otro año menos. Muy temprano, mi abuela llegaba con una rebanada grande de pastel, el mariachi en su apenas audible grabadora y un "feliz cumpleaños", en voz baja, como si fuera nuestro secreto. Las abuelas saben guardar secretos, cierran el ojito cuando te dan la pierna de pollo a ti y el muslo a tu hermano. Son las mejores cómplices, al poner el famoso itacate, y singulares aliadas, al resguardar tu pan dulce favorito de los primos.

Tu casa está cimentada en sentencias sabias y varios "te lo dije" para las ventiscas del otoño; tiene un tejado sólido de regaños cariñosos que me protegen de las lluvias de octubre; y sus paredes llenas de frases cálidas, imprescindibles en el invierno, como las frazadas que me ponías al verme dormida en el sillón. En los rincones, todavía busco vestigios de tu voz y cada nota vuela lejos, quiero detener el derrumbe y tu casa se me cae a palabras y mendigo cada letra.

**En los cumpleaños,
chocolate con pastel,
mañanitas en la noche
y bromas de los tíos;
ahí andaba la abuelita
iniciando a todas,
desde las hijas hasta
las nietas, en la partida
del pastel.**

Sin imaginarlo ni quererlo, las abuelas crecen, se vuelven niñas y van olvidando cómo hacer el entomatado y te preguntan si te acuerdas. Avena con agua, porque lo recomendó el doctor, cualquier cosa es manjar con la plática de la abuela, yo sé lo que les digo porque, ahora, yo soy la abuela de mi abuela y le doy papilla mientras ella balbucea.